

VIDA Y HECHOS

Mundanidad y transcendencia del hombre

La mundanidad—se nos ha insistido por los recientes filósofos—es una radical dimensión del ser humano. El hombre se halla inserto en el mundo, vive en una circunstancia, que es *su* circunstancia, y su principal tarea es hacer su vida con las cosas del mundo, ocuparse de ellas y utilizarlas como instrumentos. No es preciso—por sabido—insistir sobre la paternidad y la proliferación de tales ideas.

No vamos aquí a negar esta dimensión mundana del hombre, pero sí quiero traer, a modo de aviso, un pasaje calderoniano, que, reconociendo esa mundanidad, la reduce a su justo límite y, por encima de ella, señala su verdadera misión en la tierra y su más alto destino en el más allá.

No se nos diga que su texto antiguo es anacrónico y que la pretensión de cabalgar intelectualmente sobre su nervio conceptual es tan fuera de lugar como la de utilizar un pollino para conseguir un rápido avance. No es admisible esta objeción, porque está en el tiempo cuanto responde al latido humano del momento, cuanto toca la vida verdaderamente viva, los problemas, las angustias, y también las esperanzas, de la hora presente, que, aun en medio de su trágica carga, no puede dejar de esperar, so pena de dejar de ser.

Y el viejo texto calderoniano nos viene a recordar que nuestros cargos, nuestros honores, toda nuestra mundanidad, en fin, no constituye el verdadero fin del hombre, no brota de la esencia de su ser, de modo que pasa con la vida, esta vida del hombre que nace de la sombra y en ella fallece, según la lamentación de Job, pero que tan espléndida y bellamente florece.

Pues así como la flor
da al tiempo edades de nácar,
cuya pompa de rubíes
fué vanidad de esmeraldas,
el hombre restituido
a sus sentidos, da al aura
breves alientos, que son
caducas flores del alma.

(*La siembra del Señor*)

Como esas flores, la mundanidad del hombre cesa; y claramente se comprende, que lo que cesa sólo puede ser una dimensión accidental del ser que persiste, siquiera accidentalmente ese ser radique en ella. Podrá ser *radical* pero no *esencial*, salvo que se niegue la inmortalidad del alma, saltando sobre el dogma y sobre la razón, cuyo simple actuar es claro indicio de un aliento espiritual en nosotros, que, por serlo, ha de pervivir.

Sólo la absoluta y apasionada negación del espíritu en el hombre, puede lógicamente conducirnos a admitir una proposición de este estilo: el hombre es un ser para la tierra.

Aquí se afirma una mundanidad radical y esencial del ser humano. Pero esta afirmación carece de sentido. ¿Qué puede significar servir a la tierra? El servicio solo tiene sentido dentro de una jerarquía, como una misión, en el hombre consciente y querida, de lo inferior a lo superior. Ahora bien, en la tierra, en este bajo mundo, no puede haber servicio al mundo mismo tratándose de un ser espiritual. Esto supondría la subordinación del espíritu a la materia, el brutal aplastamiento de toda la cultura por las necesidades biológicas animalizadas; el servicio a colectividades también temporales, también nacidas de la sombra y a la sombra vueltas, en el curso de los siglos, o el servicio a una humanidad endiosada, que olvida su contingencia, y que, andando los siglos, tendrá también su Juicio Final. Servir a la tierra es eternizar la materia, endiosar la materia, apoyar el ser del hombre sobre la contingencia pura, y por tanto, sobre la nada. De aquí la tremenda angustia del hombre que sirve a la tierra, del que no descansa, porque no encuentra otro apoyo que el de sí mismo, imitando al aire que intentara dormir sobre su movimiento, a la ola que se asiera a su propio tránsito fugaz para persistir en su ser aquella transitoria ola.

El servicio del hombre en este mundo sólo cobra sentido cuando se toma como un servicio transitorio, cuyo cumplimiento supone, para su sentido, otro servicio más alto y transcendente. El curso de la vida no puede gastarse sólo en este menester mundano, pues todo hombre antes de tener esta o aquella profesión, este o aquel título o cargo, es puramente, desnudamente, hombre, y como a tal le compete reconocerse y obrar en consecuencia.

Este pensamiento es el que Calderón desenvuelve en un pasaje de su auto sacramental «El año Santo de Roma», que dice así:

piensa el hombre cuando nace,
o cuando empieza a lo menos,
formando entes de razón,
a obrar con entendimiento
que nace a emplear su curso
sólo en el uso de aquellos
oficios a que le llama
la aplicación de su genio;
pues no, que ni el César mismo
nace solamente a serlo,
el Señor, a ser Señor,
a lucir el caballero,
el soldado a dar victorias,
el ministro a dar consejos,
el estudioso al aplauso,
el político al gobierno,
el oficial al sudar,
ni el mendigo al desconsuelo,
todos nacen a otro fin,
que es, si lo examinan cuerdos,
servir a Dios y gozarle.

Este es el fin supremo del hombre; gozar a Dios. Pero, para conseguirlo se necesita haberle servido. Calderón insiste:

servirle, dije primero,
porque para amar gozando
se ha de merecer sirviendo.

He aquí una católica y firme doctrina: *para amar gozando, se ha de merecer sirviendo.*

Servir a Dios es el destino natural del hombre, como de lo contingente a lo necesario; gozarlo, en visión beatífica, tras la muerte terrena, es un fin. Para conseguir este goce, hay que cumplir aquel servicio, pues tal gozo en el amor es premio, y supone merecimiento. Para merecer, servir. Y no servir pensando en el premio, lo que sería fariseísmo, sino servir por puro amor y necesidad del propio ser humano. Este merecimiento se consigue también con el fiel servicio en esos oficios a los que llama al hombre «la aplicación de su genio». Lo que se necesita tener presente es que *no sólo* en estos servicios el hombre cumple su destino y la misión que Dios le ha confiado en el mundo, como de mayoral o virrey en alegoría de auto sacramental calderoniano, sino que ese aspecto de su servicio es secundario y sobre todo, transitorio. El hombre debe estar dispuesto a dejarlo en cualquier momento, y cuanto más desasido esté de él, tanto más lo dominará y cumplirá su cometido, pues no quedará aprisionado en las tablas de su vanidad o de su egoísmo; por el contrario, conservará una extraordinaria agilidad espiritual y será dueño de sí, que es serlo del mundo.

Es decir, que incluso el dominio del mundo, a que el servicio a la tierra en el fondo aspira, se logra mejor desde lo transcendente. El hombre que sirve a Dios en esta vida para merecer gozarlo en la otra, y que sirve a Dios en sus cargos y profesión terrenales, o sea, que cumple admirablemente su cometido terreno, porque al cumplirlo no sirve a la tierra, ni al mundo ni a la vida transitoria, sino a Dios en la tierra y en sus empleos en la tierra; el hombre, digo, que así sirve a Dios, en cuanto hombre y en cuanto mundano, sigue su vida verdadera, cumple su misión en esta vida y alcanza su elevado fin en la otra.

Por el contrario, si comienza por restringir su visión y pretende ser fiel a la tierra por la tierra misma, sepultándose así en su condenada contingencia, acabará por no servir a la tierra ni a sí mismo. Merecer, en este terreno, no tiene sentido, pues no puede el hombre gozar conforme a sus merecimientos. Servir para no merecer, es aniquilamiento del ser, que se agota estérilmente, rotando en torno a su propia inanidad. La bárbara, la opresora angustia, clava sus garras en el hombre que ha negado su propia transcendencia, porque este hombre, con brutal hachazo dialéctico, se ha amputado la parte más noble de su humanidad. La falacia del mundo, y de las tareas del hombre en y con el mundo, se hacen pronto patentes. Un absoluto y aterrador nihilismo sería la consecuencia lógica de una mundanidad sin transcendencia.

Tampoco sería prudente anular la mundanidad y desprenderse de todo servicio terreno. Es doctrina de Trento que todo merecimiento se apoya en la fé y las obras y que sólo con ambas el hombre se justifica.

El servicio en la tierra, en los puestos o cargos que cada uno podemos y debemos ocupar, es exigido no solo por los hombres y la fraternidad, sino por

Dios mismo, que es base, como Padre común, de esa fraternidad humana, y que quiere que lleguemos a la dicha perfecta sin buscarla, ya que si cumplimos, todo lo demás se nos dará por añadidura.

No es lo condenable el servicio en este mundo, que cumple una dimensión humana, siquiera ésta sea temporal; sino cumplir este servicio mundano como si fuese el único para el que ha nacido el hombre; como si no tuviese otro fin que volver al polvo y a la vanidad de la gloria humana, como un río que desembocara en el viento, y dejase de ser agua para volatizarse. Claro se ve que la tergiversación, proviene de una ceguera para la dimensión transcendente del ser humano, que, sin embargo, no se revela menos en esta vida que su misión terrena, salvo que el prejuicio del materialismo quite la visión.

La naturaleza humana es para Calderón claramente dual, y hay que dar a la Tierra y al Cielo las partes que les corresponden. Sin embargo, Calderón no acentúa la dualidad al extremo de Descartes. El dogma católico y la filosofía escolástica le retienen en el hombre uno, *casi angel*, y, por la culpa, *bruto*, que en esta inestable posición intermedia hace posible el pecado, pero también el merecimiento, por el buen servicio, y la definitiva salvación.

Véase cómo un viejo texto, que condensa en sí una larga tradición y con ella la sabiduría de nuestros mayores, puede ser «tesoro escondido», que sacado a la luz, herido por el rayo de nuestros problemas de hoy, encendido por el rescoldo de la angustia de esta hora, tan trágica y, acaso por ello mismo, tan esperanzada, resplandezca con su verdad e imponga su riqueza, para ganarnos a la vida espiritual, haciéndonos ver nuestro verdadero y altísimo fin, nuestra justa y elevadora misión en este mundo, y cómo el hombre—ser intermedio, ser dual, pero uno—mira a la tierra y a Dios y sólo se equilibra y realiza plenamente en este juego de la mundanidad y la transcendencia, pero, con justa jerarquización, subordinando a lo transcendente lo mundano, cumpliendo primero con su ser hombre y de camino, y en vista de ello, con su ser tal o cuál clase de hombre, que le define mundanamente, pero no altera su primera esencia humana.

EUGENIO FRUTOS.

